

A portrait of Denis Diderot, an 18th-century French philosopher, writer, and encyclopedist. He is depicted from the chest up, wearing a blue coat over a white ruffled shirt and a dark vest. He is seated at a desk, holding a quill pen in his right hand and resting his left hand on his chest. The background is a dark, textured wall.

DIDEROT

Y EL ARTE DE
PENSAR
LIBREMENTE

ANDREW S. CURRAN

Ariel | GRANDES
FILÓSOFOS

Andrew S. Curran

Diderot y el arte
de pensar libremente

Traducción de Vicente Campos

Ariel

Título original:
Diderot and the Art of Thinking Freely

Primera edición: febrero de 2020

© 2018, Andrew Curran
© 2019, Vicente Campos González, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3170-6
Depósito legal: B. 1.196-2020

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE

<i>Prólogo: Desenterrando a Diderot</i>	11
---	----

PRIMERA PARTE FRUTAS PROHIBIDAS

1. El abate de Langres.	27
2. Alejándose de Dios	55
3. Un <i>philosophe</i> en prisión	79
4. La Biblia de la Ilustración.	103
5. El cilicio de la <i>Encyclopédie</i>	133

SEGUNDA PARTE COSECHA TARDÍA

6. Sobre la virtud y el vicio	177
7. Sobre el arte: Diderot en el Louvre	197
8. Sobre el origen de las especies.	227
9. El sexólogo	253
10. Sobre el amor	285
11. Un viaje a Rusia: política, filosofía y Catalina la Grande	305
12. Últimas palabras: hablando con déspotas e insurgen- tes americanos.	333

<i>Epílogo: Caminando entre dos eternidades</i>	361
<i>Agradecimientos</i>	387
<i>Cronología</i>	391
<i>Relación de personajes</i>	401
<i>Notas</i>	405
<i>Bibliografía</i>	453
<i>Ilustraciones</i>	477
<i>Índice alfabético</i>	483

PRIMERA PARTE

FRUTAS PROHIBIDAS

Os prohíbo comer esta fruta para evitar vuestra ruina. ¿Qué excusa tenéis para desobedecer?

SAN JUAN CRISÓSTOMO,
Homilias o sermones sobre el Génesis, c. 388

Imponedme silencio sobre la religión o el gobierno y no tendré nada más que decir.

DIDEROT,
El paseo del escéptico, 1748



Vista de la ciudad de Langres, 1700.

EL ABATE DE LANGRES

Situada casi en el cruce entre el Franco Condado, Lorena y la Borgoña, la ciudad de Langres, de apenas 2,5 kilómetros cuadrados, queda oculta por terraplenes de piedra que se alzan unos 550 metros desde el valle inferior. Durante más de dos mil años, los caminantes, los carruajes de caballos y, en la actualidad, los automóviles han llegado a este burgo con aire de fortaleza ascendiendo por empinadas carreteras hasta alguna de las puertas de piedra de la villa. Al cabo de unos minutos de atravesar cualquiera de esas entradas, se llega a una plaza triangular que se llamaba place Chambeau. Fue ahí donde sus padres, Didier y Angélique, trajeron al mundo a Denis Diderot, el 5 de octubre de 1713.

La plaza central de Langres conserva en buena medida el aire que tenía durante el siglo XVIII. La inmensa mayoría de los edificios de piedra caliza, de dos, tres y cuatro plantas, no parecen haber cambiado, aunque algunas de sus vigas se comban bajo el peso de los años.¹ Como suele ocurrir en las ciudades francesas antiguas, los cambios más destacables en este vecindario han sido simbólicos. En 1789, el gobierno revolucionario cambió el nombre de place Chambeau por el de «place de la Révolution», título que mantuvo hasta la restauración de la dinastía borbónica en 1814. El siguiente cambio emblemático tuvo lugar setenta años más tarde, el 3 de agosto de 1884, cuando Jean-Ernest Darbot, alcalde de Langres, rebautizó la place



La place Chambeau, c. 1840.

Chambeau como «place Diderot» en honor del hijo más famoso de la ciudad.

La ceremonia que organizó la ciudad en honor del escritor recibió más cobertura de la prensa internacional de la que nunca consiguiera Langres en toda su historia, previa o posterior. Según numerosas noticias, Darbot hizo engalanar la ciudad con farolillos de papel y banderines.² El alcalde y el ayuntamiento también organizaron exhibiciones deportivas y concursos de tiro, una banda de música estuvo tocando todo el día y sus fanfarrias se fundían con el alboroto provocado por una multitud de 20.000 personas.³ Sin embargo, el momento culminante de la jornada fue el desvelamiento de la estatua de bronce de Denis Diderot, realizada por el famoso creador de la Estatua de la Libertad, Frédéric Auguste Bartholdi. El escultor representó a Diderot en bata, con un chaleco descuidadamente abotonado. Dominando la plaza desde encima de un pedestal de mármol, Diderot vuelve el cuello hacia la derecha, como si lo hubieran pillado pensan-

do. Al igual que la enorme Lady Liberty de Bartholdi, que en aquel mismo momento estaba construyéndose en París, Diderot sostiene un libro en la mano izquierda.⁴

Los periodistas informaron de que la multitud de gente en la recién bautizada place Diderot prorrumpió en una serie de jubilosos «Vive la république!» en cuanto vislumbraron la estatua. Los mismos reporteros también contaban que un grupo más reducido de católicos devotos lo observaban todo con miradas taciturnas desde los márgenes de la muchedumbre. Qué aberración había sido aquel acto de principio a fin desde su punto de vista: además del hecho de que Darbot y los demás políticos republicanos de Langres habían programado el acto en domingo, los trabajadores de la ciudad habían situado la estatua de modo que daba ostensiblemente la espalda al icono religioso más famoso de Langres, la cercana catedral de Saint-Mammès.



Estatua de Diderot en Langres.

Unos ciento treinta y cinco años después de que Darbot inaugurara la estatua de Bartholdi, la atmósfera de la ciudad todavía sigue saturada de recuerdos del escritor. La place Diderot lleva a la rue Diderot, que, a su vez, conduce al *collège* Diderot, el instituto de secundaria de la ciudad. Una de cada tres o cuatro tiendas dentro de la villa amurallada también parece llamarse como el hijo más famoso de la ciudad. Además de un nuevo museo de elegante concepción dedicado al filósofo, hay un café Diderot, una tienda de cafés Diderot, una panadería Diderot, un estanco Diderot, un concesionario de motocicletas Diderot y una autoescuela Diderot. Los francmasones de la ciudad, según una persona que conocí en un café de Langres, celebraban reuniones mensuales en la Logia Diderot.



Casa natal de Diderot.

Sin embargo, más importantes son los edificios, casas e iglesias de principios de la Edad Moderna que Diderot conoció durante su vida. Todavía hoy, uno puede situarse ante la fachada blanquecina de piedra caliza de la casa de los abuelos

de Diderot y alzar la mirada a las ventanas de la segunda planta, donde vino al mundo. En la misma plaza, a unos treinta metros al oeste, hoy otro hito: la estrecha casa de piedra de cuatro plantas que Didier Diderot compró a principios de 1714 (unos meses después del nacimiento de Denis) para acomodar a lo que sería una familia numerosa.

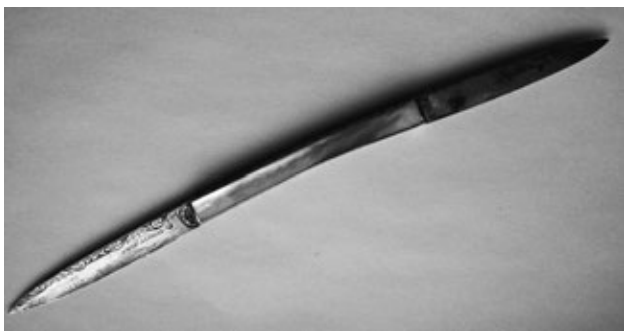


Didier Diderot.

Angélique y Didier Diderot tendrían un total de nueve hijos mientras vivían en la place Chambeau, muchos de los cuales no sobrevivieron a los peligrosos primeros años de vida. Además del bebé varón que murió antes de que Denis naciera, cuatro niñas fallecieron de diversas enfermedades. Una murió cuando Denis tenía dos años; otra, cuando tenía cinco; otra, a los seis. Una más falleció en fecha desconocida. Los cuatro hijos supervivientes, dos chicos y dos chicas, no podían mostrar inclinaciones más distintas y alejadas del término medio. Los dos mayores, el primogénito Denis y su hermana pequeña Denise (1715-1797) —a la que Diderot describió en una ocasión como una Diógenes femenina—, tenían personalidades fuertes y un sentido del humor irónico. Los dos hijos menores se convirtieron en adultos más

serios y devotos. Angélique (1720-c. 1749), de la que no sabemos prácticamente nada, se empeñó en entrar en el convento de las ursulinas a los diecinueve años. El menor de la familia, Didier-Pierre (1722-1787), también dedicó su vida a Dios. Nueve años menor que su hermano, Didier-Pierre parece haber construido su vida entera como una reacción a la iconoclasia librepensadora de su hermano mayor. Fue disciplinado en lo que Denis era indómito, devoto donde Denis era irreverente, ascético donde Denis era disipado, y un sacerdote doctrinario donde Denis era un escéptico. Cuando acabó sus estudios, Didier-Pierre no sólo se había convertido en un miembro especialmente ortodoxo del clero de Langres sino también en el arcediano de la catedral de Saint-Mammès.

Denis y sus tres hermanos pequeños se criaron en un entorno burgués, donde las niñas, en circunstancias ideales, acabarían contrayendo matrimonios apropiados y estratégicos, y los niños se convertirían en cuchilleros, curtidores o tal vez sacerdotes. La madre de Diderot, de soltera Angélique Vignerot, procedía de una familia que, típico en la zona, se ganaba la vida con el «odorífero oficio» de curtir y vender pieles de animales. El progenitor de Denis, Didier Diderot, también siguió la antigua tradición familiar y se dedicó a la profesión de su padre y su abuelo como fabri-



Cuchillo fabricado por Didier Diderot, maestro cuchillero.

cante de cuchillos e instrumentos quirúrgicos.⁵ Ampliando el negocio hasta un extremo que su propio padre no había conseguido, Didier Diderot se hizo un nombre en toda la Francia oriental como manufacturero de algunos de los instrumentos quirúrgicos más delicados de la región, entre ellos un tipo de lanceta de su propia invención.

La vida en la place Chambeau y sus alrededores giraba en torno a la cuchillería. Seis días a la semana, Diderot *père* bajaba de los alojamientos de la familia al taller de la planta que daba a la calle, donde trabajaba junto a varios obreros. La casa estaba llena a todas horas de los ruidos y olores de la fabricación de cuchillos: las brasas y las exhalaciones de los fuelles, los sonidos metálicos y los martillazos, el chirrido de la rueda de amolar que hacía funcionar un trabajador estirado sobre un tablón, con la nariz rozándole literalmente la piedra de afilar.



Taller de un cuchillero.

Aunque Diderot no llegó a desarrollar demasiado interés por el oficio de cuchillero, sentía una gran admiración por su padre. Hasta el día de su muerte, alabó los valores cívicos y morales asociados con el mundo burgués y patriarcal de Di-

dier Diderot, incluso «poniendo en escena» algunos de esos valores en sus obras de teatro. Las pocas descripciones escritas de anécdotas relacionadas con Diderot padre lo retratan todas como un hombre sumamente trabajador, profundamente religioso y devoto súbdito del rey. La nieta de Didier Diderot, Madame de Vandeuil, también subraya el hecho de que era simultáneamente justo pero severo, el tipo de hombre que una vez llevó extramuros a Denis, que sólo tenía tres años, a presenciar la ejecución pública de un delincuente. Ese terrorífico espectáculo, añade ella entre paréntesis, tuvo el efecto involuntario de poner al niño muy enfermo.⁶

En algún momento de la infancia de Denis, sus padres decidieron que no estaba destinado a convertirse ni en cuchillero ni en curtidor. Tal vez al descubrir su asombrosa inteligencia, empezaron a prepararlo para el sacerdocio, que había sido una opción profesional para una docena aproximadamente de parientes consanguíneos de ambas ramas de la familia. Diderot seguramente conocía a muchos de esos miembros religiosos de la familia, entre ellos el vicario de la vecina Chassigny, los dos tíos abuelos y los dos primos segundos que eran sacerdotes de pueblo extramuros, y otro tío que era fraile dominico.⁷ Sin embargo, el eclesiástico más destacado e importante que tenía era el hermano mayor de su madre, Didier Vigneron, que ocupaba el codiciado puesto de *chanoine*, o canónigo, en la catedral de Langres.

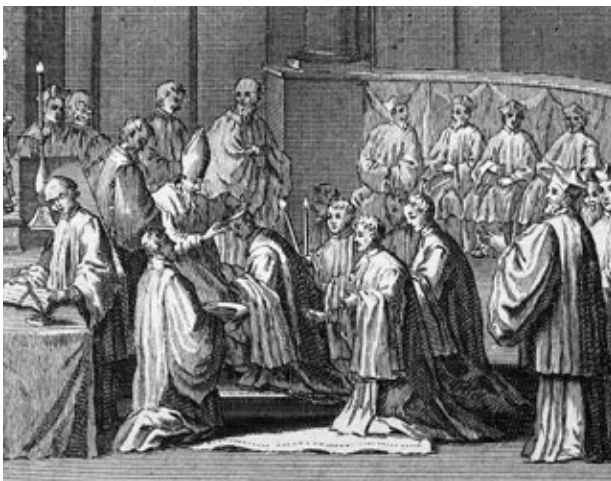
Durante varios años, Didier y Angélique Diderot no sólo esperaban que su hijo se convirtiera en sacerdote sino que sucediera a su tío como canónigo en la catedral. Si Diderot hubiera sustituido al envejecido Vigneron, habría llegado a ser un miembro influyente del cabildo catedralicio, el grupo de clérigos que controlaban el obispado de Langres.⁸ Además de suponer un inmenso prestigio para la familia, el joven canónigo también habría recibido una generosa porción de ingresos —denominados «prebenda»— de una diócesis que abarcaba unas 600 parroquias y 1.700 sacerdotes extramuros.⁹ En una época en que un trabajador medio

podía ganar unas 200 libras francesas al año, los ingresos anuales básicos de un canónigo eran de unas más que respetables 1.000 a 2.000 libras.

El joven Denis dio el pequeño paso inicial para convertirse en cura su séptimo cumpleaños. Éste era considerado como el alba de la «edad de la responsabilidad» para los pequeños.¹⁰ Desde ese momento, el estruendo de los domingos por la mañana de las campanas de la iglesia convocaba a Denis a una jornada de culto y estudio en la cercana iglesia de Saint-Martin. Durante los primeros años que asistió a la iglesia, la liturgia latina le rozó sin llegar a calar. Sin embargo, después de misa, Denis pasaba a clase de catecismo, que se daba en francés. Esta obligación semanal, que se realizaba simultáneamente en cientos de iglesias de toda la diócesis de Langres, consistía en una rutina especialmente monótona. Una vez los niños se acomodaban, el *curé* local o su representante leía una serie de preguntas preparadas relativas a cuestiones de fe, práctica religiosa y Dios.¹¹ Los chicos mayores que asistían, que habían memorizado las respuestas en el curso de los años, respondían al unísono. Los más pequeños balbuceaban las respuestas lo mejor que sabían.

En octubre de 1723, a los diez años, Diderot fue admitido en el *collège* jesuita de Langres, que estaba al otro lado de la place Chambeau. Diderot cumplía con los requisitos para una educación tan avanzada porque tenía la buena suerte de haber nacido en una familia que podía permitirse pagar clases particulares o unos estudios a medida en francés y latín, los idiomas exigidos para la admisión. Una vez empezó a asistir al *collège*, él (y sus 200 compañeros) recibía clases que se basaban en gran medida en la *Ratio Studiorum*, el «plan de estudios» formal creado a finales del siglo xvi por un grupo internacional de eruditos jesuitas. Además de mejorar la comprensión de Diderot de los aspectos fundacionales de la fe católica, este programa introdujo al joven en lo que hoy consideraríamos disciplinas humanistas tradicionales, como griego antiguo, latín, literatura, poesía, filosofía y retórica.¹²

Cuando, a los doce años, Diderot estaba acabando su tercer año en el *collège*, su familia o él decidieron que debía dar el siguiente paso hacia el sacerdocio, convirtiéndose en abbé o abate (no confundir con el cargo eclesiástico de abad). Este rito, que se celebró en la cercana catedral de Saint-Mammès el 22 de agosto de 1726, seguía un guion muy rígido. Diderot fue llamado a levantarse del banco de la iglesia para arrodillarse ante el obispo de su diócesis, Pierre de Pardaillan de Grondin, que destacaba por la flacidez de su cara. El prelado empezó seguidamente la ceremonia de tonsura, cortando varios mechones del pelo rubio del chico de la frente, la nuca, los lados y la coronilla —formando una cruz—, y, tras quitarse la mitra, rezó sobre el pequeño Diderot. En la parte final de la ceremonia, el prelado ayudaba al recién tonsurado abate a ponerse una sobrepelliz, proclamando que el Señor estaba revistiendo al chico.¹³



Tonsura de un abate.

Pese a entrar en las órdenes menores, el plan de Diderot para suceder a Vignerón como canónigo estaba destinado a fracasar. A principios de la primavera de 1728 —menos de dos años después de convertirse en el abate Diderot—,

el cabildo catedralicio votó rotundamente contra el plan de sucesión nepotista de su tío. Furioso, Vignerón decidió saltarse su propia diócesis y dio el audaz paso de escribir directamente al papa Benedicto XIII, solicitándole que obligara a que aceptaran esa promoción. Por desgracia para el *chanoine* (y para la naciente carrera de su sobrino como eclesiástico en Langres), Vignerón murió mientras la carta iba de camino al Vaticano, dejando así su petición anulada. Poco después, el capítulo votó ofrecer el cargo de canónigo a otro. Como escribió un historiador del siglo XIX de la diócesis de Langres: «Si la muerte del primo de Diderot se hubiera retrasado sólo unos días, el chico sin duda habría sido designado canónigo en Langres. [...] aunque Diderot tal vez no hubiera sido un canónigo ideal, tampoco se habría convertido en un ateo».¹⁴

PARÍS

Tras enterarse de que no sustituiría a su tío en el cabildo de Saint-Mammès, Diderot, a los catorce años, se resignó a acabar su último año en el *collège*. Durante esos últimos meses en la escuela, siguió distinguiéndose como un estudiante brillante y, a veces, problemático. Eso había empezado con las trampas que les tendía a sus profesores. Según su propia admisión, Diderot sentía un gusto perverso en realizar traducciones del latín o el griego donde deslizaba una sintaxis arcana, pero gramaticalmente correcta, en sus versiones, de forma que sus profesores tuvieran que corregirle. Entonces disfrutaba mostrando a sus instructores justamente dónde se equivocaban.

Además de dedicarse a esta travesura erudita, Diderot también solía enzarzarse en peleas con sus compañeros de clase. En una ocasión, lo mandaron a casa tras participar en una riña, y se dio cuenta tarde de que así se perdía la jornada de premios anual, un día en que los profesores seleccio-

naban a sus mejores alumnos con una serie de exámenes y competiciones. Resistiéndose a que le echaran del concurso, Diderot intentó volver a hurtadillas entrando mezclado con los demás estudiantes, pero el guarda del *collège* lo descubrió. Según Madame de Vandeuil, que cuenta la anécdota, el centinela no llegó a atrapar a su padre, pero sí le alcanzó con su alabarda antes de que Diderot corriera a la sala de exámenes. Sangrando por una herida de la que su familia sólo se enteraría una semana más tarde, el chico se las apañó para imponerse a sus compañeros y ganó premios en redacción de ensayos, poesía y traducción de latín. En una de las contadas ocasiones en que rememoró su paso por el *collège* jesuita de Langres, Diderot se regocijaba con el recuerdo de su triunfal regreso tras la competición:

Recuerdo ese momento como si fuera ayer; llegué a casa de la escuela, con los brazos llenos con los premios que había ganado, y los hombros cubiertos de coronas que me habían concedido y que, como eran demasiado grandes para mi frente, se habían deslizado por mi cabeza. Mi padre me vio desde lejos, dejó de trabajar, se acercó a la puerta y empezó a llorar. Es algo hermoso ver llorar a un hombre decente y austero.¹⁵

Buena parte de lo que Diderot llegaría a ser más adelante ya está presente en esa elocuente anécdota: tanto su lucha eterna contra diversas formas de autoridad como el profundo respeto y admiración que sentía por su padre.

Pese a los galardones y a las lágrimas paternas, cuando Diderot acabó sus estudios en el *collège* en 1728, era muy consciente de que sus opciones profesionales en Langres se habían reducido considerablemente. Rechazado como canónigo —y tras haber desdeñado el oficio familiar de cuchillero como un inaguantable aburrimiento—, el joven Diderot recurrió a la posibilidad de una carrera eclesiástica distinta, una que implicaba más estudios de filosofía en París. Según parece, fue en esta época cuando el joven recibió la influen-

cia de un sacerdote jesuita que le dio la idea de marcharse a París para unirse a la Compañía de Jesús. Por lo visto, Diderot no le contó a ningún miembro de su familia más cercana esos nuevos planes, aunque sí se los comentó a un primo locuaz que rápidamente se los comunicó a su padre. La noche que Diderot había previsto partir hacia la capital, su padre lo detuvo en la puerta. «¿Adónde vas?», le preguntó, según parece, el Diderot mayor, a lo que el joven respondió con resolución: «A París, donde voy a entrar en los jesuitas». «Tu deseo será cumplido, pero no esta noche», replicó el padre.¹⁶ Poco después, Didier Diderot dio permiso a su hijo para estudiar en París, pero en las condiciones que él, en tanto paterfamilias, determinara.

A finales de 1728 o principios de 1729, Didier Diderot compró dos billetes en el carruaje *diligence* que pasaba por Langres y Troyes de camino a la capital. La ruta a París atravesaba llanuras que se ondulaban suavemente y grandes extensiones de tierras de cultivo. Cada noche, tras ochenta kilómetros de carreteras con baches y cubiertas de raíces, el carruaje se detenía en posadas de carretera, donde el padre y el hijo comían el menú típico de los mesones, casi siempre estofado de cordero. Al cabo de cuatro o cinco días, llegaron a París, una ciudad cincuenta veces más grande que Langres.

Como les sucedía inevitablemente a los viajeros de provincias que llegaban por primera vez a la capital, a Denis y a su padre les impresionó la tremenda concentración de edificios cubiertos de hollín, las estrechas calles embarradas y los barrios nauseabundos llenos de niños hambrientos y semidesnudos. Mientras cruzaban los barrios de las afueras de camino al centro de la capital, también debieron de maravillarse ante la escala de la arquitectura real y eclesiástica.

Su destino en París era la nueva escuela del joven abate, el *collège* d'Harcourt, que estaba en el Barrio Latino, en la rue de la Harpe, a unos cinco minutos andando de Notre Dame.¹⁷ Harcourt, una institución con tendencias jansenistas de la Universidad de París, se componía de una mezcla de diversos

edificios contiguos, algunos de los cuales se remontaban al siglo XIII. Didier Diderot matriculó a Denis en la escuela provisionalmente y alquiló una habitación en una posada cercana, para dos semanas. Según Madame de Vandeul, el joven Denis casi fue expulsado durante ese periodo de prueba porque ayudó a un condiscípulo con los deberes de latín. La tarea, lo que no dejaba de resultar irónico, consistía en un ejercicio sobre la tentación cuyo tema era: «Qué le dijo la serpiente a Eva». Pese a la severa reprimenda que seguramente recibió Diderot por ayudar a su compañero, el aspirante a eclesiástico anunció definitivamente a su padre al final de las dos semanas que quería seguir en el *collège*. Una vez tomada la decisión, los Diderot, *père y fils*, se despidieron. Y poco después, Didier Diderot cruzaba el Sena hasta la rue de Braque para coger el carruaje de Langres. Al partir en ese viaje, que difícilmente llegaba a los 8 kilómetros por hora, de regreso al sudeste, el maestro cuchillero probablemente pensaba que volvería a ver a su hijo al cabo de uno o puede que dos años. Pero transcurrirían trece antes de que los dos Diderot se vieran de nuevo.

HARCOURT Y LA SORBONA

La vida en el *collège* d'Harcourt distó de resultar gratificante para Diderot. De una manera muy similar al *collège des Jesuites* al que había asistido en Langres, la estructura de la escuela reflejaba la estratificación del *ancien régime*. Entre los aproximadamente 150 internos, los estudiantes más acaudalados contaban a menudo con sirvientes y chimeneas, mientras que los de recursos más humildes, como el hijo de un cuchillero, tenían que sobrellevar la vida en peores alojamientos.

La rutina diaria era agotadora. Los estudiantes eran convocados a la oración a las seis de la mañana, y se pasaban el resto de la jornada en clase y en sesiones de estudio, durante las que copiaban meticulosamente sus lecciones de retórica y física en cuadernos.¹⁸ Las escasas interrupciones de esa

rutina incluían un muy breve descanso después de comer y, por descontado, diversas obligaciones religiosas, entre ellas una oración vespertina a las nueve menos cuarto.¹⁹ El sábado era el día de evaluación para los alumnos. Después de misa, los profesores de la escuela revisaban el trabajo semanal una vez más antes de repartir recompensas y castigos según los méritos personales de cada uno. Aunque Diderot no escribió sobre esos rituales en Harcourt, avanzada su vida criticó con dureza el mundo repetitivo y aislado de los colegios religiosos en los que, en sus propias palabras, se habían esfumado algunos de sus mejores años.²⁰



El *collège* d'Harcourt, grabado.

Tras tres años de estudio en Harcourt, el 2 de septiembre de 1732, Diderot, con diecinueve años cumplidos, consiguió el título más común concedido por la escuela, el *maîtrise ès arts*, que equivale aproximadamente a una licenciatura actual.²¹ Poco después, entró en la Sorbona, la facultad de teología que correspondía a la Universidad de París.²² Como todos los alumnos de primero, Diderot empezó estudiando filosofía. Durante el segundo año, pasó a recibir clases de física, teología y, con mucho menos entusiasmo, escolasticismo. Como buen número de sus colegas *philosophes*, Diderot

sentía un gran desprecio por las «frivolidades» del método escolástico, que implicaba la aplicación a menudo distorsionada de las ideas aristotélicas al dogma de la Iglesia. Aunque escasean los detalles sobre estos años, no cuesta imaginar cómo este pensador cada vez más escéptico se habría exasperado entre un mar de aspirantes a eclesiásticos, todos enzarzados en los abstrusos debates del escolasticismo sobre las distinciones de formas sustanciales, los diferentes tipos de materia, la inmaterialidad del alma y las causas últimas de todos los cuerpos. Voltaire resumió mejor que nadie estas abstracciones desquiciadas cuando bromeó diciendo que los «sectarios de Aristóteles utilizan palabras que nadie entiende para explicar cosas que son inconcebibles».²³



Vista de la Sorbona, aguatinta.

Diderot nunca dio cuenta de las razones concretas por las que abandonó su plan de convertirse en sacerdote. Lo que sí sabemos es que, en 1735, a los veintidós años, había alcanzado el punto en sus estudios en el que tenía la opción de seguir la carrera eclesiástica. Tras haber completado cinco años de estudio —el *quinquennium*— en París, ahora podía solicitar

un respetable *benefice* o pensión de entre 400 y 600 libras al año.²⁴ En octubre de 1735, parece que incluso coqueteó con esa idea, llegando a dar los pasos iniciales de registrar la solicitud al obispo de Langres, Gilbert Gaspard de Montmorin de Saint-Hérem. Sin embargo, como pasaría a menudo en su vida posterior, Diderot nunca llegó hasta el final del proceso de solicitud, y sencillamente se le escapó la oportunidad.²⁵

La ambigüedad de Diderot con respecto a la Iglesia y a una prolongación de su formación religiosa se sumó a su acentuada aversión a dedicarse en exclusiva a ninguna profesión real. Desde 1736 hasta aproximadamente 1738, trabajó desganadamente para un abogado y procurador llamado Clément le Ris, según parece pasando la mayor parte del tiempo que estaba en el despacho legal leyendo matemáticas, latín y griego, y estudiando por su cuenta dos nuevos idiomas: italiano e inglés. La obvia carencia de interés de Diderot por una carrera legal llevó finalmente al abogado a escribir a Didier Diderot informándole de que su hijo no rendía. Supuestamente, Diderot padre pidió a Ris que comunicara a su reticente empleado que había llegado la hora de que eligiese entre tres profesiones: médico, procurador o abogado. Madame de Vandeul relata la ocurrente reacción de su padre con una sonrisa:

Mi padre pidió un poco de tiempo para pensárselo, y se le concedió. Tras varios meses, le plantearon la cuestión de nuevo. Él respondió que la profesión de médico no le atraía porque no quería matar a nadie; que la de procurador era demasiado difícil para realizarla escrupulosamente; que elegiría de buena gana la profesión de abogado, si no fuera porque sentía una aversión incontrolable a meterse en asuntos ajenos.²⁶

Madame de Vandeul cuenta entonces que a su padre se le preguntó qué quería hacer con su vida. Y él respondió: «Cielos, nada, nada en absoluto. Me gusta estudiar; me siento muy feliz, muy satisfecho; no pido nada más».²⁷ La relación de Diderot con el Derecho y Le Ris acabó poco después.

Para ganarse la vida, Diderot encontró al poco un cargo bien remunerado como tutor de los hijos de un rico banquero llamado Élie Randon de Massanes. A los tres meses de cuidar e instruir a los hijos del financiero —tarea que empezaba con el desayuno y acababa cuando se acostaban—, Diderot informó a su patrón de que no soportaba más verse enclaustrado: «Monsieur», dijo según parece, «míreme. Un limón está menos amarillo que mi cara. Estoy convirtiendo a sus hijos en hombres, pero cada día que pasa yo me vuelvo niño a su lado. En su casa, soy mil veces demasiado rico y demasiado acaudalado, pero tengo que dejarla».²⁸

En los pocos casos en que Diderot se refirió a este imprevisible periodo de su vida tendía a restar importancia a las dificultades y a evocar sus alegrías, entre las que se incluían esporádicos cortejos de cortesananas o actrices, largos paseos por los Jardines de Luxemburgo, inacabables conversaciones con amigos en cafés como el Procope y, si se lo permitía el bolsillo, un lugar en la atestada platea, donde sólo se podía estar de pie, de la Comédie-Française.²⁹ Sin embargo, pagarse esta existencia autocomplaciente pronto se convirtió en un problema. Aunque la obstinación y la independencia de Diderot le serían muy útiles más adelante en la vida, en la segunda mitad de la década de 1730, esas cualidades exasperaban a su padre, que finalmente dejó de pagarle la asignación. Su madre parecía tener un corazón más comprensivo. En al menos una ocasión, le mandó algo de dinero a través de un sirviente que, por increíble que parezca, recorrió a pie los 238 kilómetros de Langres a París (más otros tantos de regreso) para entregárselo.

Pese a esa esporádica ayuda, Diderot se había condenado a una vida de miseria, pasada en una sucesión de alojamientos de mala muerte en el Barrio Latino. Fue una época de medias raídas, chimeneas vacías y frías, y escasísima comida en la despensa. Parece que su fuente de ingresos más regular a finales de la década de 1730 y principios de la de 1740 fue dar clases de matemáticas a estudiantes. También recurrió

a otros apaños. En una ocasión, según se cuenta, recurrió a su formación teológica para redactar una serie de sermones para un misionero que partía hacia las colonias portuguesas.

Sin embargo, el plan más notable de Diderot para hacer dinero consistió en timar a un monje carmelita llamado hermano Ange.³⁰ El hermano Ange se había criado en Langres y era amigo o pariente lejano de la familia Diderot. Como los demás miembros de su orden monástica, residía en el monasterio carmelita situado al sur de los Jardines de Luxemburgo. Diderot se puso en contacto con el fraile con el pretexto de visitar la biblioteca del monasterio que contenía más de 15.000 volúmenes y manuscritos. Como Madame de Vandeuil relata divertida, su padre dio a entender durante su visita inicial que estaba cansado de la existencia «tormen-tosa» que llevaba al otro lado de los muros del monasterio y que ahora le atraía la vida estudiosa y tranquila de un monje.³¹ El hermano Ange inmediatamente se dio cuenta de que el erudito sería un candidato excelente para su orden. Tras varias visitas más, Diderot anunció que había decidido presentarse como postulante, pero antes tenía que saldar sus deudas mundanas. En concreto, le contó al hermano Ange, tendría que trabajar durante puede que un año más para ganar suficiente y ser justo con una joven a la que él había arrastrado al pecado. Temiendo que esa posposición ralentizara demasiado las cosas, el hermano Ange le anticipó 1.200 libras a Diderot, una suma considerable. Poco después, Diderot volvió al monasterio e informó al monje que ahora estaba mucho más cerca de profesar los votos, pero que también tenía que saldar la deuda con la cocina pública de su barrio y con su sastre. El buen fraile le dejó de nuevo otras 800 o 900 libras. Durante su última visita al hermano Ange, Diderot recurrió al mismo guion: estaba más que preparado para entrar en la orden, pero necesitaba un último anticipo para adquirir los libros, ropa del hogar y muebles para su nueva vida. El monje le aseguró que nada de eso sería necesario y que se le proveería de todo en cuanto llegara.